

Así la fundacion de ésta Orden como la de tantas otras enfermedades que aparecieron en el siglo xvi, verdaderos milagros de caridad divina, vindicaban gloriosamente á la Iglesia católica del cargo de infidelidad que le dirigian los Protestantes. Pero Dios quiso aun confundir á sus enemigos descubriendo todo el veneno y toda la vanidad de sus doctrinas, y al intento sacó de los abismos de su misericordia otra Orden religiosa admirable por su actividad, por su saber y por todo su conjunto; Orden que sobre ser un semillero de Santos, de sabios, de Mártires y de misioneros, debia constituir un firmísimo baluarte de la Religion; Orden cuyos miembros á fuer de centinelas vigilantes, y empuñadas siempre las armas, debian con su enseñanza conservar la fe entre las generaciones venideras, con sus escritos restablecerla en el corazon de los hombres maduros y de los ancianos, con sus sabias controversias desbaratar á la herejía, y con sus misiones admirables atraer á la Iglesia á los pueblos infieles.

En el momento preciso, en el mismo año, en el propio dia quizás en que Lutero sostenia sus primeras tesis heréticas, san Ignacio, destinado á anonadarlé, recibia en el sitio de Pamplona la herida que para siempre iba á alejarle del mundo, preparar su conversion y conducirlo á la cueva de Manresa, donde redactó sus Ejercicios espirituales, código metódico de la piedad que sirvió para la organizacion de su Orden y la reorganizacion de todas las demás, libro de oro, del cual se dice haber hecho mas conversiones que letras tiene. Algun tiempo despues, cuando Calvino empezó á hacer prosélitos en París, Ignacio, que habia ido allí á estudiar, juntaba compañeros para declarar la guerra á los enemigos de la fe. Mas adelante tambien, cuando Enrique VIII de Inglaterra se erigió en jefe de la Iglesia anglicana, y mandó á sus vasallos bajo pena de muerte borrar de todos sus libros el nombre del Papa, san Ignacio echaba los cimientos de su Orden, que hace profesion de especial obediencia al Sumo Pontífice.

El ilustre fundador de la Compañía de Jesús nació en España el año 1491: sus padres le enviaron pronto á la corte, pero él, siendo apasionado por la gloria, no tardó en abrazar la carrera de las armas. Dado á los hábitos caballerescos y preocupado por la vanidad y los devaneos del mundo, su conducta distaba mucho de acomodarse á las máximas del Evangelio, y así siguió hasta la edad de veinte y nueve años, en que el Señor le abrió los ojos. En la

defensa de Pamplona, cuya ciudad estaba sitiada por los franceses, Ignacio recibió un balazo que le quebró la pierna, quedando prisionero entre los enemigos, los cuales sin embargo le cuidaron con atencion é inteligencia. Haciéndose larga la cura, pidió libros para distraerse, y le llevaron *Vidas de Santos*. Aquí era donde Dios le esperaba: por medio de esta lectura la gracia tocó de tal manera su corazon, que resolvió convertirse é imitar á los Santos, y firme en su propósito, apenas pudo andar retiróse á una cueva junto á la ciudad de Manresa, donde practicó las mayores austeridades é hizo una confesion general de su vida, y de allí pasó á la Tierra Santa.

Vuelto de su viaje, dedicóse al estudio con ahinco, y habiéndose trasladado á París, logró convertir á Francisco Javier, repitiéndole aquella expresion de nuestro Señor: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?*<sup>1</sup> Reunidos con él varios discípulos, echaron los cimientos de la Compañía de Jesús, cuyo instituto aprobó el Santo Padre en el año 1540.

Ignacio vivió mucho tiempo en Roma, y la persecucion y la calumnia se cebaron en él, pero á todo hacia frente con humildad y paciencia, habiendo tomado por divisa estas palabras: *Todo para mayor gloria de Dios*. Fijo en ellas su pensamiento, era indiferente así á los bienes como á los males terrenos, y alzados los ojos al cielo, repetia á menudo: *¡Cuán despreciable me parece la tierra al contemplar el cielo!* Murió este gran Santo en la misma Roma el dia 31 de julio de 1556, contando de edad sesenta y cinco años.

Los Jesuitas, hijos de san Ignacio, tienen por instituto: 1.º educar á la juventud; 2.º cooperar á la salvacion de los católicos por medio de la predicacion, la confesion y la redaccion de buenos libros; 3.º dedicarse á la conversion de infieles y herejes haciendo misiones. Sobre los acostumbrados votos de obediencia, pobreza y castidad, hacen el de ir á todas las misiones que el Papa les indique, y como no sea por expresa orden suya, no admiten dignidad alguna eclesiástica. Esta religion ha hecho y continúa haciendo grandes favores á la Iglesia; y sus misiones en los países infieles son particularmente el mas hermoso florón de su corona, habiendo enviado obreros evangélicos por todas las comarcas de la tierra, de manera que solo en el espacio de cien años contaron mas de ocho mil, entre los

<sup>1</sup> Matth. xvi, 26.

cuales figuraron hasta cien Mártires: además ella es la que ha tenido la gloria de producir el san Pablo de los tiempos modernos, el gran apóstol de las Indias Francisco Javier, de quien vamos á ocuparnos <sup>1</sup>.

Este Santo nació el día 5 de abril de 1506 en el castillo de Javier, en España, de padres no menos distinguidos por su virtud que por su nobleza. Agudo, festivo, apacible y complaciente, Francisco se hizo amar de todos desde su infancia. A los diez y ocho años fué enviado á París, donde con tal ardor se entregó al estudio, que en breve sobrepujo á sus condiscípulos, y concluido el curso, le confirieron una cátedra de filosofía. Por desgracia Javier solo pensaba en el mundo, y los aplausos que se granjeaba no sirvieron mas que para estimular su vanidad y ambicion. En esta coyuntura, san Ignacio, llegado tambien á París para organizar una sociedad ilustrada que se consagrarse al bien del prójimo, le propuso ingresar en ella; pero el novel profesor, llena su cabeza de vanidades, despreció tal oferta, y varias veces se mofó de ella y de quien se la hizo. Ignacio, sin darse por vencido, recibia apacible y aun alegre tales desdenes, limitándose á repetir á Javier de vez en cuando esta máxima del Evangelio: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?* <sup>2</sup>

Como nada de esto hiciera gran mella en el desvanecido jóven, Ignacio le atacó por su flaco; alabó mucho su talento y saber, y aun le ofreció dinero para sacarle de un apuro en que se encontraba. Esta noble conducta afectó á Javier; entonces la gracia obró en su corazon, y su conversion quedó resuelta. Unido ya inseparablemente á san Ignacio, todo el ahinco que habia puesto en adquirir doctrina lo empleó en granjear virtudes, y al poco tiempo estos dos paladines de la fe seguidos de algunos compañeros partieron á Roma para ofrecer sus servicios al Santo Padre.

Precisamente aquel era el momento, para siempre solemne, en que gran parte de Europa perdía la llama de la fe que ya no merecia: los Protestantes cerraban sus oídos para no escuchar la voz maternal de la Iglesia que les llamaba al aprisco, llegando á responder con insultos á sus invitaciones. Con esto la Religion dejaba cumpli-

<sup>1</sup> Helyot, t. VII, pág. 452. Véase la *Historia de la Compañía de Jesús*, por Mr. Cretineau-Joly.

<sup>2</sup> Matth. xvi, 26.

do su deber de madre, pero luego recordó que es hija del cielo, y con aquella noble entereza que le es tan propia, les dijo: *Ya que vosotros desechais la palabra de Dios y os juzgais indignos de la vida eterna, desde este punto me vuelvo á los gentiles* <sup>1</sup>.

Un nuevo mundo, la América y las Indias, le estaba ya aparejado, y solo faltaba un hombre que empuñara la sagrada antorcha y la llevara allende los mares. Javier fué este hombre: escogido por el Pontífice para que fuera á predicar el Evangelio entre las naciones orientales, salió de Roma en el preciso momento en que la Alemania, la Suiza y la Inglaterra rompian los últimos lazos que las habian unido á la antigua Iglesia, y una flota pronta á zarpar le estaba esperando en el puerto de Lisboa. Sube en ella el hombre providencial, el nuevo Pablo, teniendo en sus manos el sacro fuego que el cielo en su enojo acaba de arrancar á los pueblos del Norte. Apenas llegado á las Indias, la luz divina brilla en aquellas dilatadas regiones por tanto tiempo sumidas en las tinieblas de la muerte, y sus resplandores se extienden con rapidez. Para mas autorizar la palabra del nuevo Apóstol, Dios le concede el don de milagros: de repente resucita muertos, habla idiomas que en su vida habia oido; los gentiles corren asombrados á escucharle, y en masa se convierten. En breve las conquistas de Javier indemnizan ampliamente á la Iglesia, devolviéndole tantas ó mas ovejas de las que habia perdido.

El santo Misionero no se daba un momento de vagar, en todas partes predicaba, catequizaba, bautizaba, asistia enfermos, contándose que por su sola mano regeneró hasta un millón y cien mil idólatras. Sabedor de que allende las Indias habia un gran país llamado el Japon, resolvió trasladarse á él: en vano le observaron que corria á una muerte segura; nada pudo detener su celo, y su respuesta fué: Cuando los mercaderes para ganar un poco de oro no vacilan en arrostrar tamaños peligros, ¿seré yo menos osado cuando voy á la conquista de las almas? Apenas desembarcó en el Japon, púsose á predicar el Evangelio, confirmando con nuevos milagros la doctrina que enseñaba, entre otros resucitando á una doncella que estaba muerta hacia veinte y cuatro horas. Estos prodigios dieron gran crédito á la Religion, pero lo que contribuyó mucho á la con-

<sup>1</sup> Act. xii, 46.

version de los infieles, fué un ultraje inferido al P. Fernandez, otro de los agregados de Javier.

Predicando cierto día este misionero en la plaza pública, acercósele un miserable de la hez del pueblo como quien nada hace y le escupió al rostro; el bueno del Padre, sin decir una palabra ni manifestar la mas pequeña emocion, sacó el pañuelo para limpiarse, y siguió tranquilamente su discurso, dejando á todos pasmados de tan heroica templanza. Los que al principio habian soltado la risa, se quedaron con la boca abierta, y un doctor de los mas sabios de la ciudad que se hallaba presente, dijo para consigo: Ley que inspira tal valor y grandeza de alma, que hace reportar sobre sí mismo tan completa victoria, no puede menos de ser de origen divino; y así que concluyó el sermón, confesó que la virtud del orador le habia penetrado, y en su consecuencia pidió el Bautismo, que le fué administrado solemnemente. Á esta ilustre conversion siguieron luego otras muchas.

Tanto fué el fruto de la semilla evangélica sembrada por san Francisco en el Japon, que al encenderse la persecucion en aquel imperio contábase en él cuatrocientos mil cristianos. Sin embargo el Santo no se daba aun por satisfecho, y por el contrario estos logros avivando mas y mas su celo le inspiraron el proyecto de extender la fe al dilatado imperio chino. No tardó en llegar á la vista de aquella tierra suspirada, que contempló de léjos como Moisés la tierra de promision, pero Dios, pagado de su buena voluntad, consideró que era ya hora de darle el premio merecido por tantos trabajos.

Enferma Javier en la isleta de Sancian distante pocas leguas de la costa de la China, donde le dejan por mucho rato en la playa, expuesto á la inclemencia y en particular á la accion de un viento norte muy penetrante y violento. Habia allí un mercader portugués, el cual, compadecido de su estado, lo hizo trasladar á su barraca, poco mejor que la playa descubierta, porque estaba desmantelada por todos lados, y allí el enfermo siguió agravándose hasta un viernes, 2 de diciembre, en que despues de pronunciar estas palabras: *En tí, Señor, esperé; no quede yo jamás confuso*<sup>1</sup>, enajenado de un gozo celestial que se pintó en su rostro, dió amorosamente el espíritu, año de 1552, á los cuarenta y seis de su edad, habiendo per-

<sup>1</sup> Psalm. xxx.

manecido en las Indias diez y medio: su cuerpo incorrupto se conserva aun en la ciudad de Goa, capital de la India. Cuando quería estimularse á convertir infieles, nuestro Santo exclamaba: ¡Trinidad santísima! Especie de voz de guerra con que ahuyentaba á los demonios<sup>1</sup>.

Hé aquí, pues, merced á san Francisco y á sus dignos cooperadores, esta fe de la Iglesia romana que algunos habian esperado extinguir, brillando con nuevo resplandor en las vastas regiones orientales; hé aquí la Iglesia nuestra madre, la verdadera, la única, siendo siempre la Iglesia católica, siempre aquella ciudad de Isaías edificada en la cumbre del monte, visible á todos los pueblos, y en la cual todos deben ingresar para tener parte en las bendiciones del Dios de Jacob. ¡Salud, Iglesia romana! Iglesia inmortal! ¿Con qué podré compararte? Al paso que las sectas y las herejías lanzaron por algun rincón del globo falsos chispazos tan pronto formados como desaparecidos, á semejanza de aquellas livianas y falaces llamas que brotan en los pantanos durante la noche, y rastreando por la region mas baja del horizonte ligeramente se desvanecen, tu benéfica luz, ó Iglesia divina y católica, no se extingue jamás, antes, cual el refulgente astro que ilumina al mundo, pasas majestuosamente de un país á otro, y si alguna nacion es bastante ingrata para desconocer tus beneficios, déjasla caer otra vez en el error de las tinieblas de donde la habias sacado, y llevas á otra parte la luz y la vida de que eres inagotable manantial. ¿Qué mas diré? Es la Iglesia católica como un rio caudaloso, el cual, si imprudentemente se le oponen diques que desvien su corriente, sin perder nada de la abundancia y fecundidad de sus aguas, toma nuevas direcciones y corre á fertilizar campiñas mas venturosas. Antiguo árbol, lleno de vida y lozanía, aunque la segur escamonde de él algunas ramas, la sávia vivifica que las nutria toma otra direccion y produce nuevas ramas, ó da á las que se habian conservado mayor frondosidad y mejores frutos.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber justificado y consolado á vuestra Iglesia, nuestra tierna madre, suscitan-

<sup>1</sup> Godescard, 3 de Diciembre.

do en favor suyo grandes Santos y celosos apóstoles ; dadnos la caridad de san Juan de Dios y de san Francisco Javier.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, me repetiré á menudo estas palabras de san Ignacio : *Sea todo para mayor gloria de Dios.*

## LECCION XLIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(FIN DEL SIGLO XVI).

La Iglesia defendida y consolada: concilio de Trento ; san Cárlos Borromeo ; santa Teresa ; Carmelitas ; la beata Ángela de Brescia ; Ursulinas ; hermanos Escolapios ; Congregacion de nuestra Señora ; religiosos Somascos ; hermanos Enfermeros de Obregon ; hermanos de la buena muerte ; san Camilo de Lelis.

Javier, al espirar, habia legado á la Iglesia un mundo casi entero de fervorosos neófitos, como si la Esposa del Hombre-Dios debiese por medio de esta magnífica compensacion consolarse de los males que la ingrata Europa le irrogaba ; con todo sentia ella la pérdida de sus hijos, porque nada es tan difícil de consolar como el corazon de una madre, y llevada de este impulso, determinó hacer el último esfuerzo para volver los pródigos á buen camino, ó por lo menos asegurar en el de la verdad á los que permanecieran fieles, fijando de una vez todas las incertidumbres, disipando todos los nublados, y deslindando marcadamente los límites de la herejía y de la fe.

Al intento, congregó el concilio último y quizás el mas sabio de los generales en la ciudad de Trento, capital del Tirol, cuyo concilio duró nada menos que diez y ocho años, en diversos períodos, pues fué abierto en 1545 y no se cerró hasta el año 1563. Contáronse en él cinco cardenales legados de la Santa Sede, tres patriarcas, treinta y tres arzobispos, doscientos treinta y cinco obispos, siete abades, siete generales de Órdenes monásticas y ciento sesenta doctores en teología. Fueron invitados á concurrir los jefes del partido protestante, que con sus errores desolaban á la Religion y ensangrentaban la Europa, pero rehusaron presentarse. Entonces la Iglesia examinó sus libros, y juzgó y condenó su doctrina, estableciendo de otra parte reglamentos muy sabios para la reforma de las costumbres públicas. Estos decretos, sin embargo, aunque recibidos en los países católicos, generalizábanse con harta lentitud, en